

# QUINTO MISTERIO DOLOROSO

## Jesús muere en la Cruz.

### Del santo Evangelio según San Juan (19, 16-18; 28-30)

«Y se lo entregó para que lo crucificaran. Jesús quedó en manos de los judíos y, cargado con la cruz, salió hacia el lugar llamado “la calavera”, en hebreo “Gólgota”, donde lo crucificaron.

Con él crucificaron a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. Pilato, por su parte, escribió y puso sobre la cruz este rótulo: “Jesús Nazareno, el rey de los judíos”.

Después de esto, Jesús, sabiendo que todo se había consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: “Tengo sed”. Había allí un vaso lleno de vinagre; empaparon una esponja en el vinagre, la pusieron en una caña y se la acercaron a la boca. Cuando Jesús lo probó, dijo: “Todo está cumplido”. E, inclinando la cabeza, expiró.»

### Oración introductoria

Señor, estás aquí porque yo estoy, estoy aquí porque estás Tú. No me necesitas, no tengo nada que ofrecerte y sin embargo quieres tenerme junto a ti a pesar de mi miseria. Jesús, en esta oración quiero agradarte, quiero ponerme en tu presencia, te quiero amar, quiero experimentar tu Amor; ese amor que hoy se entrega por mí en la cruz y al que quiero corresponder.

### Petición

Señor, dame la gracia de experimentar tu Amor para que pueda corresponderte a pesar de mi miseria.

### Meditación del Papa

La pasión dolorosa del Señor Jesús suscita necesariamente piedad hasta en los corazones más duros, ya que es el culmen de la revelación del amor de Dios por cada uno de nosotros.

Observa san Juan: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna» (Jn 3,16).

Cristo murió en la cruz por amor. A lo largo de los milenios, muchedumbres de hombres y mujeres han quedado seducidos por este misterio y le han seguido, haciendo al mismo tiempo de su vida un don a los hermanos, como Él y gracias a su ayuda. Son los santos y los mártires, muchos de los cuales nos son desconocidos.

También en nuestro tiempo, cuántas personas, en el silencio de su existencia cotidiana, unen sus padecimientos a los del Crucificado y se convierten en apóstoles de una auténtica renovación espiritual y social. ¿Qué sería del hombre sin Cristo?

San Agustín señala: «Una inacabable miseria se hubiera apoderado de ti, si no se hubiera llevado a cabo esta misericordia. Nunca hubieras vuelto a la vida, si Él no hubiera venido al encuentro de tu muerte. Te hubieras derrumbado, si Él no te hubiera ayudado. Hubieras perecido, si Él no hubiera venido» (Sermón, 185,1).

Entonces, ¿por qué no acogerlo en nuestra vida? Detengámonos esta noche contemplando su rostro desfigurado: es el rostro del Varón de dolores, que ha cargado sobre sí todas nuestras angustias mortales. Su rostro se refleja en el de cada persona humillada y ofendida, enferma o que sufre, sola, abandonada y despreciada. Al derramar su sangre, Él nos ha rescatado de la esclavitud de la muerte, roto la soledad de nuestras lágrimas, y entrado en todas nuestras penas y en todas nuestras inquietudes. (Benedicto XVI, Viernes Santo, 10 de abril de 2009).



## Reflexión

La sangre, los golpes y las humillaciones de la Pasión nos pueden conmover fuertemente, pero no fueron esas las condiciones por las que Jesucristo nos alcanzó la salvación. Las sufrió, sí, pero lo que nos alcanzó el perdón fue la obediencia incondicional al Padre, ese «Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, que se haga tu voluntad» (Mt 26, 42).

En nuestra vida diaria podemos ser redentores con Cristo si nos dedicamos con totalidad a hacer la Voluntad del Padre en nuestra vida. Salvaremos nuestra alma y la de los demás en la medida en que nos entreguemos a realizar lo que Dios quiere de nosotros. Para ello hay que subir a la cruz como lo hizo Cristo, es decir, solo desnudándonos de nuestra soberbia, de nuestra vanidad, de nuestros gustos y de nuestras comodidades podremos entregarnos con totalidad a la realización del plan de Dios en nuestra vida y así exclamar al final de nuestro peregrinar.

En la crucifixión y muerte de nuestro Señor Jesucristo descubrimos el gran amor de Dios por cada uno de nosotros, pero al mismo tiempo, descubrimos el llamado “a dejarnos contagiar por este amor, a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda, a quien espera una palabra, un gesto.

La Cruz nos invita a salir de nosotros mismos para ir al encuentro de ellos y tenderles la mano.” ¿Cuál va a ser nuestra respuesta a este llamado? Somos “¿como Pilato, que no tiene la valentía de ir a contracorriente, para salvar la vida de Jesús, y se lava las manos? ¿Somos de los que se lavan las manos, se hacen los distraídos y miran para otro lado?, o ¿somos como el Cireneo, que ayuda a Jesús a llevar aquel madero pesado?, ¿Como María y las otras mujeres, que no tienen miedo de acompañar a Jesús hasta el final, con amor, con ternura?”

## Propósito (unos momentos en silencio para propósitos personales)

Miraré a Cristo crucificado y le pediré perdón por mis pecados y la gracia de corresponder a su Amor.

## ORACION

Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero a pesar de mi miseria y de mi pequeñez. Dame la gracia de experimentar en mi vida el inmenso amor que me tienes y no permitas que me acostumbre a verte crucificado. Permíteme corresponder a Tu amor subiendo cada día Contigo a la Cruz por medio del cumplimiento de la Voluntad de Tu Padre. Gracias por morir por mi; Tu sacrificio no será indiferente en mi vida.

Madre de la Misericordia, muchas veces en nuestra vida cotidiana nos centramos tanto en nosotros mismos y en nuestras preocupaciones, que perdemos de vista el horizonte y nos volvemos ciegos frente a las necesidades de los otros, frente al pobre e indefenso. Intercede por nosotros Madre Santa, para que siguiendo el amor de tu Hijo y saliendo de nosotros mismos podamos servir generosamente a los demás.